

## LA VIRGEN DE GUADALUPE Y EL ORIGEN DE LA NACIÓN MEXICANA

*¡Oh feliz nación!,  
¡Oh gente envidiable!,  
que tales cariños  
debes a tal Madre.*

*Bendigan, Señora,  
tus dulces piedades  
los tiempos, los siglos,  
todas las edades<sup>1</sup>.*

(fragmento)

La nación mexicana nació bajo el patrocinio de Nuestra Señora de Guadalupe. Al consumarse la independencia de México, Agustín de Iturbide fundó la Orden imperial de Guadalupe para premiar a quienes habían luchado por la emancipación de la nación mexicana del decadente Imperio español. La Virgen de Guadalupe había participado al lado de los insurgentes en los once años de guerra que duró la lucha por la independencia de México.

La Orden imperial de Guadalupe se inauguró con una celebración en la Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe el 13 de agosto de 1822. Hay que tener presente, que un 13 de agosto de 1521, fue conquistada por Hernán Cortés la ciudad de México-Tenochtitlan. Trescientos años después, un 13 de agosto se instauraba la Orden imperial de Guadalupe. Agustín de Iturbide, transformado en emperador de México, en su calidad de gran maestre recibió las promesas de quienes a partir de ese momento eran miembros de la Orden; éstos se comprometían a defender las bases del Plan de Iguala y la persona del emperador.

El Imperio mexicano fue efímero. El 19 de marzo de 1823 Agustín I abdicaba la corona imperial de México. Y abandonaba el país para exiliarse en Europa. Al dejar la ciudad de México con rumbo al puerto de Veracruz, el ex emperador no quiso abandonar su patria sin antes despedirse de la Virgen de Guadalupe. El 11 de mayo se embarcó en la fragata *Rowllins*. El buque llegó a Liorna (Italia) el 2 de agosto. Su exilio fue breve; en Londres se embarcó para retornar a México. Al desembarcar en Soto la Marina fue hecho prisionero y fue fusilado el 19 de julio de 1824, cuando sólo contaba cuarenta años de edad, ocho meses y veintiún días<sup>2</sup>.

Durante la guerra de independencia Agustín de Iturbide combatió a los insurgentes. El cura de Dolores, don Miguel Hidalgo, había sido excomulgado por el obispo electo de Michoacán, Don Manuel Abad y Queipo. Los insurgentes a través de la pluma de don Carlos María de Bustamante recibieron una nueva interpretación de las palabras de la Virgen dirigidas a Juan Diego, con las que intentaron justificar teológicamente la

---

<sup>1</sup> Joaquín Fernández de Lizardi, “*Auto mariano*”, en: Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda, *Testimonios históricos guadalupanos*: México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 981.

<sup>2</sup> Juan María Alponete, *A la vera de las independencias de la América hispánica*: México, Océano, 2010, p. 118.

legitimidad de su lucha contra la dominación española. El *Nican mopohua*<sup>3</sup> pone en boca de María las siguientes palabras: “¿No estoy yo aquí que soy tu madre?, ¿no estás bajo mi sombra?, ¿no soy yo tu salud?, ¿no estás por ventura en mi regazo?, ¿Qué más has menester?”.

Don Carlos María de Bustamante vinculado a lucha por la independencia, estaba interesado en dar a conocer a los mexicanos cómo la Virgen de Guadalupe estaba dando su apoyo en su guerra contra el Imperio español. Dotó a la Virgen de un rostro insurgente, liberador, al poner en su boca estas palabras dirigidas a Juan Diego: “Me llamaréis madre, y yo lo seré vuestra; me invocaréis en vuestras tribulaciones, y yo os oiré; me pediréis la libertad, y yo desataré vuestras cadenas”.

Estas palabras parecen inspirarse en las que Dios dirigió a Moisés en el Sinaí. María, sin dejar de ser Madre, ahora se asume como liberadora de su pueblo. Con esta atrevida reinterpretación del mensaje guadalupano transmitido por el *Nican Mopohua*, don Carlos María de Bustamante supo interpretar el sentir del pueblo que luchaba por conquistar su libertad. Los realistas, entre los cuales militaba Agustín de Iturbide, comprendieron perfectamente esta reorientación liberadora del mensaje guadalupano. María, durante la guerra de independencia jugó dos papeles: fue garante del orden colonial, y fue la *insurgente* que puso fin a dicho orden.

Por eso, contra la advocación de Nuestra Señora de Guadalupe, vinculada a la lucha por la independencia, los realistas asumieron a Nuestra Señora de los Remedios como su protectora y generala. En cambio, para los insurgentes Santa María de Guadalupe era Madre liberadora y libertaria, madre protectora y defensora, madre cuidadosa y protectora de sus hijos, Madre de los mexicanos que peleaban por su libertad. En palabras de José Villalpando, “... en la guerra de independencia, la Virgen de Guadalupe dejó de ser un mero símbolo religioso y se convirtió en una protagonista principalísima de la lucha”<sup>4</sup>.

En los turbulentos años de 1810-1821, Santa María de Guadalupe fue bandera en los campos de batalla, y en ocasiones, hasta combatiente. Incluso, sufrió persecuciones por parte de los realistas por militar al lado de los insurgentes. Cuando la Nueva España logró su independencia el 27 de septiembre de 1821, Nuestra Señora de Guadalupe fue reconocida por los habitantes de la ex Nueva España como promotora y protectora de la independencia de México.

El cura Hidalgo, como todo novohispano, nacido en el siglo XVIII<sup>5</sup>, era fervoroso devoto de la Virgen de Guadalupe. Este fervor guadalupano que se había transformado en el fervor de toda la nación en dicho siglo, explica el papel de la Virgen durante la lucha por la independencia.

El culto a la Guadalupana se fue abriendo camino en la Nueva España en medio de muchas dificultades desde el mismo siglo XVI. En 1737 fue proclamada patrona del reino. La ciudad de México imploró su ayuda para librarse de la peste de *matlazáhuatl*. Pero como la peste infestaba no sólo a la capital de la Nueva España, sino a muchas poblaciones, se decidió proclamarla patrona del reino. En un principio, el arzobispo don Juan de Vizarrón y Eguiarreta no acogió de buen grado la propuesta del Cabildo de la ciudad de México para proclamarla patrona de la ciudad. La peste no cedía, por lo cual, el cabildo propuso formalmente al arzobispo el patronazgo de la Virgen sobre la ciudad. La propuesta fue

---

<sup>3</sup> Relato de las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe al indio Juan Diego.

<sup>4</sup> José Villalpando, *La Virgen de Guadalupe. Una biografía*: México, Planeta, 2004, p. 85.

<sup>5</sup> El cura don Miguel Hidalgo nació el 8 de mayo de 1853.

acogida por el arzobispo, el virrey, las órdenes religiosas y todo el pueblo. Fue pues, en la primera mitad del siglo XVIII, cuando el culto a la Virgen de Guadalupe se convirtió en un culto de toda la nación mexicana. Fue a partir de entonces, que el 12 de diciembre, por decreto del cabildo de la ciudad de México, se convirtió en el día que se celebraría solemnemente a la patrona del reino de la Nueva España.

El juramento del patronazgo de la Virgen de Guadalupe fue recibido con júbilo por los habitantes de todas las ciudades y villas de la Nueva España. Todos los templos del virreinato ostentaban la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. Después de doscientos años de iniciado su culto en el Tepeyac, se recocía finalmente que la Virgen de Guadalupe era la patrona “principal” de la ciudad de México, desplazando a segundo término en importancia a los “santos patronos” a quienes se había encomendado su protección: San Hipólito y san Casiano –los santos del 13 de agosto, día de la caída de México-Tenochtitlan en poder de Hernán Cortés–, san José –eficaz contra los temblores–, san Miguel Arcángel – el ángel custodio de la ciudad–, así como el beato Felipe de Jesús, el criollo nativo de la propia capital novohispana, que había sufrido el martirio en Japón.

En esta consolidación del culto a Nuestra Señora de Guadalupe, jugó un papel muy destacado don Lorenzo Boturini. Procedente de Italia llegó a la Nueva España en 1736. Antes de arribar a la ciudad de México hizo un alto en la Colegiata de Guadalupe. Desde el primer contacto con la Virgen del Tepeyac, se hizo muy devoto de ella. Tal fue su interés sobre la Guadalupana, que durante siete años se dedicó a recoger información sobre el origen de su culto. Era tal su amor y devoción, que promovió su coronación pontificia. Se apoyó en el jesuita Domingo Torrani para lograr su propósito de coronar a la imagen de la Virgen de Guadalupe. Sin embargo, su petición no era viable para la Santa Sede, porque no era una petición que partiera de los habitantes y autoridades de la ciudad de México. El buscó los apoyos exigidos por Roma. Sin embargo, poco apoyo encontró en las autoridades eclesiásticas del reino y en sus habitantes. Boturini se hizo sospechoso para el virrey don Pedro Cebrián y Agustín, conde de Fuenclara, por el interés y entusiasmo que había puesto en coronar a la Virgen de Guadalupe, con una corona que llevaría el escudo no del rey, sino de un extranjero, el conde Sforza, que había establecido que toda imagen coronada con su dinero, llevase gravado su escudo familiar en la corona. La coronación de la imagen que promovió Lorenzo Boturini, de ser un asunto eminentemente religioso, se transformó en un asunto eminentemente político y nacionalista, pues tampoco los criollos vieron con buenos ojos que un extranjero se inmiscuyera en un tema de interés nacional, como era el de coronar a la Virgen de Guadalupe. El nacionalismo y los intereses de España se impusieron, y Lorenzo Boturini fue encarcelado por órdenes del Virrey; después fue expulsado del reino de la Nueva España. Boturini abandonó México a principios de 1744. Este ferviente devoto de la Virgen de Guadalupe murió en Madrid en 1751.

Los criollos novohispanos asumieron el proyecto de Lorenzo Boturini; pero en lugar de promover la coronación de la imagen, buscaron que el Papa concediera celebrar el 12 de diciembre con oficio y misa propios. Ya existía un antecedente que animaba a los criollos a lograr la petición hecha al Papa en favor de la Guadalupana. En 1725 el papa Benedicto XIII había elevado el santuario del Tepeyac a la categoría de colegiata, con derecho a ser gobernada por un abad y por un cabildo con canónigos, como si se tratara de una iglesia catedral, pero a los criollos novohispanos no les bastaba con eso: ellos querían el reconocimiento expreso del milagro guadalupano y su consecuente inclusión en el orbe católico.

El arzobispo don Manuel Rubio y Salinas los autorizó para que se realizaran las gestiones ante la Santa Sede para obtener una liturgia propia en honor de Santa María de Guadalupe. Quienes fueron a Roma para presentar la petición llevaban consigo una copia de la imagen realizada por el pintor Miguel Cabrera. Benedicto XIV, por gestiones del padre jesuita Juan Francisco López, concedió audiencia a quienes fueron de la ciudad de México para lograr del Papa lo que los devotos de Nuestra Señora de Guadalupe anhelaban. Para dicha de los novohispanos, el Papa concedió lo que las autoridades religiosas y civiles de la ciudad de México le pedían: liturgia propia para celebrar solemnemente a la Virgen de Guadalupe el 12 de diciembre. Todas estas gestiones se hicieron al margen de la corona. La Virgen de los mexicanos era reconocida por la máxima autoridad de la Iglesia: de devoción nacional se transformaba en devoción universal.

A partir de este reconocimiento pontificio, el patriotismo de los criollos se acrecentó al máximo. Para ellos, no había ya duda alguna: México era tierra elegida; era la tierra preferida de la Madre de Dios. Los criollos estaban satisfechos, pues ni la católica España había merecido tal honor de contar con una imagen de María no hecha por manos humanas. Para ellos era verdad probada que María “no hizo igual con ninguna otra nación” (*“Non fecit taliter omni nationi”*). Y esto lo había reconocido el mismísimo Papa al dotar a Nuestra Señora de Guadalupe de una liturgia propia, y al oficializar el 12 de diciembre como el día de su fiesta.

A partir de este reconocimiento pontificio del culto guadalupano, magnificado con las palabras del Salmo 147: *“Non fecit taliter omni nationi”*, que fueron atribuidas al papa Benedicto XIV, las imágenes de la Virgen pintadas después de dicho reconocimiento, las incorporaron, para acrecentar aun más, el fervor y el patriotismo de la nación mexicana.

Tres siglos duró el proceso de gestación de la nación. En la segunda parte del siglo XVIII, la Virgen de Guadalupe se transformó en bandera o enseña de la nación mexicana en ciernes<sup>6</sup>. También en dicho siglo, la Virgen fue asociada a las insignias de la antigua ciudad de México-Tenochtitlan, que estaba conformada por el águila y el nopal<sup>7</sup>. A partir de entonces, Nuestra Señora de Guadalupe, acompañada con las insignias de la ciudad de México-Tenochtitlan, se convirtió en la representación más genuina de la Nueva España, que estaba a un paso de convertirse en la nación mexicana a principios del siglo XIX.

A mediados del siglo XVIII era innegable que la Virgen de Guadalupe se había convertido en un símbolo de lo propiamente mexicano<sup>8</sup>; unía el territorio antiguamente ocupado por los mexicas con el sitio milagrosamente señalado por la aparición de la Madre de Dios a Juan Diego: la colina del Tepeyac. A fines del siglo XVIII era un hecho consumado que los conceptos de territorialidad, soberanía política, protección divina e identidad colectiva se fundieron en un símbolo religioso que era el más venerado y el más potente de todos los existentes en el virreinato: *Nuestra Señora de Guadalupe*.

Uno de los mejores gobernantes de la Nueva España, el virrey don Antonio María de Bucareli y Ursúa profesaba una gran devoción a Santa María de Guadalupe; visitaba a diario la Colegiata para hacer oración ante su imagen. Pidió ser sepultado en el santuario del Tepeyac. Su deseo se vio cumplido: el 13 de abril de 1779 fue sepultado en la puerta por donde solía entrar al santuario, según su deseo.

---

<sup>6</sup> *Ibidem*, p.73.

<sup>7</sup> *Ídem*.

<sup>8</sup> *Ídem*.

En este breve recorrido histórico sobre cómo la Virgen de Guadalupe se transformó en un poderoso símbolo de la nación mexicana, no puede faltar Fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra. La importancia de este dominico regiomontano radica en que vinculó a la Virgen de Guadalupe con Quetzalcóatl, al que identificó con el apóstol santo Tomás. En el año de 1794, el ayuntamiento de la ciudad de México le dio la encomienda de pronunciar el 12 de diciembre el sermón con que se celebraría la fiesta más importante del reino de la Nueva España. En su sermón llegó a sostener que el ayate de Juan Diego era la capa del apóstol santo Tomás.

Fray Servando pronunció su sermón ante el virrey, el arzobispo y toda la sociedad de la ciudad de México. Según él, los indios antes de la llegada de los españoles ya habían sido evangelizados por el apóstol santo Tomás. La Virgen de Guadalupe ya había sido venerada en México antes de la conquista. Su imagen había sido pintada en la capa del apóstol santo Tomás; pero los indios cayeron en la apostasía, por lo cual, la imagen de Nuestra Señora tuvo que ser escondida por el propio apóstol para evitar que fuera profanada. Diez años después de la conquista de México, la Virgen María se apareció a Juan Diego y le pidió que se le levantara un templo en el Tepeyac; también le reveló donde estaba la capa del apóstol que tenía pintada su imagen. Y es esta imagen la que se venera en la colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe.

Lo que preocupó a las autoridades no fue la explicación erudita que fray Servando ofreció del origen de la imagen guadalupana, sino alcance político del símbolo mariano. Fray Servando al asociar al apóstol santo Tomás con la mariofanía del Tepeyac, perseguía un objetivo político. Para el dominico, la Virgen de Guadalupe y el apóstol santo Tomás demostraban de una vez por todas la injusticia de la conquista española, realizada con el pretexto de evangelizar a los indígenas a los que según ellos nunca había llegado el Evangelio.

Lo atrevido del planteamiento de fray Servando radica precisamente en esto: los españoles no habían evangelizado a los mexicanos, sino que fue el apóstol santo Tomás, a quien fray Servando asimila nada menos que al antiguo dios Quetzalcóatl<sup>9</sup>. Para el predicador dominico, en el Tepeyac estaba la Virgen de Guadalupe estampada y conservada milagrosamente para probar que la conquista de México había sido definitivamente injusta y por lo tanto, la dominación española era ilegítima. Además de lo anterior, la Iglesia mexicana tenía origen apostólico. Y es, este origen apostólico de la Iglesia mexicana, el que desautorizaba y deslegitimaba la dominación que España ejercía sobre México.

Para las autoridades virreinales y eclesiásticas este planteamiento de fray Servando era sedicioso y peligroso, pues a pesar de lo erudito de las explicaciones del fraile dominico sobre el origen de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, no faltaría quien le diera a sus palabras un sentido político revolucionario. Y es este enfoque político-revolucionario que pudieran darle a las palabras del dominico, lo que preocupó a las autoridades civiles y religiosas de la Nueva España.

El arzobispo de México, don Alonso Núñez de Haro y Peralta, ordenó que el fraile fuera confinado en su celda del convento de Santo Domingo, para ser sujeto a una investigación eclesiástica. El arzobispo condenó la doctrina expuesta por fray Servando en su sermón. Para el arzobispo el sermón contiene una doctrina escandalosa e injuriosa para autores españoles y extranjeros que se han ocupado de estudiar con seriedad el origen del culto a

---

<sup>9</sup> Juan María Alponete, op. cit., p. 176.

Nuestra Señora de Guadalupe. Pero además, añadía el arzobispo, que dicho sermón perturba la devoción, religión y piedad, al combatir una tradición constante, uniforme y universal, por los menos en esta América y que ha sido calificada como piadosa por el Papa, al darle al santuario del Tepeyac, el rango de colegiata.

El arzobispo don Alonso Núñez de Haro y Peralta le retiró al fraile dominico las licencias para predicar. Fray Servando fue desterrado a España al convento dominico de Caldas en 1795. En España dio inicio a su vida aventurera y creadora<sup>10</sup>. Con la ayuda de los españoles que estaban contra el absolutismo de los Borbones, escapó a Francia. Allí escribe textos en favor de la independencia de México. Estuvo en Roma, donde fue hecho prisionero y regresado a España, de donde a su vez, escapó a Portugal, y de ahí partió a Londres. Regresó a México en plena guerra de independencia. Murió en 1827. Fray Servando incorporó a la lucha por la independencia de México al vasco Francisco Javier Mina.

Fray Servando fue uno de los precursores de la independencia de México. Su sermón pronunciado en la Colegiata de Guadalupe el 12 de diciembre de 1794, fue según juicio de Alfonso Reyes “una insurgencia teológica”<sup>11</sup>. La vida errante, aventurera de este dominico regiomontano y sus “disparates teológicos”, “revelan su rebelión” contra la dominación española de su patria, reconoce Alfonso Reyes<sup>12</sup>.

En ese mismo siglo XVIII, Alexander von Humboldt no sólo dio cuenta de la desigualdad que imperaba en la sociedad novohispana, sino también percibió que las imágenes de la Virgen de Nuestra Señora de Guadalupe y de Nuestra Señora de los Remedios eran tenidas como rivales. El arzobispo en tiempos de calamidad trasladaba a la catedral de México la imagen de Nuestra Señora de los Remedios para implorar su auxilio. Pero como la sequía o las inundaciones o pestes no cesan, mandaba a los indios que trajeran del santuario del Tepeyac la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. Alexander von Humboldt descubrió la importancia de la devoción a la Virgen de Guadalupe entre la población indígena y criolla del virreinato. La Virgen de Guadalupe era venerada en todos los sectores de la población novohispana, excepto en uno: el de los españoles<sup>13</sup>.

La rivalidad de las devociones a estas dos advocaciones marianas fue una de las manifestaciones más sacrílegas y escandalosas de la guerra de independencia. Nuestra Señora de los Remedios estaba ligada a la conquista de México; en cambio, Nuestra Señora de Guadalupe está ligada a la liberación de la Nueva España del yugo español. Ambas advocaciones marianas no podían coexistir pacíficamente en el catolicismo mexicano de los siglos XVIII y XIX. Una era la conquistadora, y otra la liberadora.

El 16 de septiembre de 1810, después de haber dado “el grito” en la parroquia de Dolores, el cura don Miguel Hidalgo al pasar por el santuario de Atotonilco, tomó un estandarte de la Virgen de Guadalupe y lo mostró a su tropa. Fue en el acto aclamada y transformada en bandera y símbolo del movimiento insurgente con el que se dio inicio a la lucha por la independencia de México. El grito de guerra del cura Hidalgo y su movimiento, era: “¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe, muera el mal gobierno, mueran los gachupines!”.

Este grito de guerra no se entendería sin los antecedentes que se remontan al siglo XVIII, ya que fue en ese siglo, que el culto a Nuestra Señora de Guadalupe se difundió por todo el reino de la Nueva España, como ya lo hemos expresado más arriba, y se transformó en un

---

<sup>10</sup> Ídem.

<sup>11</sup> Ídem.

<sup>12</sup> Ibídem, p. 175.

<sup>13</sup> Juan Manuel Villalpando, op. cit., p. 82.

poderoso símbolo de la nación mexicana en ciernes. El 16 de septiembre de 1810 fue el propio cura don Miguel Hidalgo el que decidió enarbolar el estandarte guadalupano como él mismo lo reconoció en el proceso que se le siguió para privarlo de su sacerdocio.

El cura don Miguel Hidalgo buscaba con el estandarte, que la Virgen apareciera como favorable a los insurgentes. En una de sus proclamas escribió: “hemos levantado la bandera de la salvación de la patria, poniendo en ella a nuestra universal patrona, la siempre Virgen María de Guadalupe. Ella nos ha de sostener y ayudar en este gran proyecto, dará fuerza a los débiles, esperanza a los tímidos y valor a los pusilánimes”<sup>14</sup>.

Con el estandarte como bandera, el cura don Miguel Hidalgo dio al movimiento insurgente un carácter religioso, y lo convirtió en una guerra santa<sup>15</sup>. Su condición de sacerdote y el haber tomado como símbolo el estandarte guadalupano, contribuyó a que el pueblo que lo seguía, viera en él a un profeta o a un iluminado que los redimiría<sup>16</sup>. El guadalupanismo dotó al movimiento encabezado por el cura de Dolores de un elemento de uniformidad y unidad<sup>17</sup>. Al poner la causa de su movimiento bajo el amparo de Nuestra Señora de Guadalupe, pudo atraer a numerosas gentes, de grupos dispares de la sociedad novohispana, cada una con sus propias quejas y agravios, que se unieron bajo el motivo común que se representaba en la poderosa imagen de Nuestra Señora de Guadalupe.

En el movimiento insurgente iniciado en 1810 se combinaban el fervor del pueblo y la fe del sacerdote caudillo<sup>18</sup>. Fue así como la Virgen se transformó de Madre de los indígenas, criollos, peninsulares y castas, en María insurgente. En manos del cura don Miguel Hidalgo la Virgen de Guadalupe se transformó en bandera de una nación que luchaba por su emancipación política. Para los insurrectos ella fue inspiración, defensa y consuelo. A todos los que se habían sumado a la lucha que comandaba el cura de Dolores les quedaba claro que la Virgen “no hizo cosa igual con ninguna otra nación”. Sobre la predilección de María por esta tierra mexicana, Joaquín Fernández de Lizardi ha escrito estos versos que recogen las palabras atribuidas al papa Benedicto XIV cuando contempló la copia de la imagen Guadalupana pintada por Miguel Cabrera:

*Felices enhorabuenas  
tenga este reino, Señora,  
pues veniste a ofrecerte  
por su madre y protectora.  
A tu nombre gloria eterna  
por tan singular favor,  
que no lo ha logrado igual  
otra ninguna nación*<sup>19</sup>.

El estandarte guadalupano que el cura don Miguel Hidalgo había tomado del santuario de Atotonilco, fue capturado por las tropas realistas en la batalla de Aculco, el 6 de noviembre de 1810. Pero este hecho no perjudicó a los insurgentes, pues el símbolo de la mexicanidad

---

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 87.

<sup>15</sup> *Ídem*.

<sup>16</sup> *Ídem*.

<sup>17</sup> *Ídem*.

<sup>18</sup> *Ídem*.

<sup>19</sup> Joaquín Fernández de Lizardi, “*Auto mariano*” (fragmento): en op. cit., pp. 985-986.

que encarnaba la imagen estaba en todas partes. Quienes se fueron sumando al movimiento insurgente traían como bandera la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. La Virgen, como Yahvéh en el Antiguo Testamento, acompañaba a su pueblo en su lucha por la libertad. María fue reinterpretada en clave liberadora por el pueblo que seguía al Cura de Dolores, y esta novedosa interpretación se vio reforzada con los aportes de Don Carlos María de Bustamante.

El 12 de diciembre de 1810, don Miguel Hidalgo organizó un novenario de misas en su honor en la ciudad de Guadalajara.

El cura don Miguel Hidalgo y su ejército popular fueron derrotados en Puente de Calderón en 1811. Los caudillos que iniciaron la lucha por la independencia del reino de la Nueva España huyeron al norte del país. El 21 de marzo de ese año, Hidalgo, Allende, Aldama, Abasolo, Jiménez y otros jefes más, fueron capturados por el gobierno virreinal en las Norias de Nuestra Señora de Guadalupe de Acatita de Baján. El 30 de julio de 1811 fueron fusilados en la ciudad de Chihuahua.

La insurrección encabezada por el Cura de Dolores conmovió a la Nueva España. Pero la conmoción fue mayor al enterarse que Santa María de Guadalupe marchaba al frente de los insurrectos. El ejército realista tuvo que combatir a dos enemigos distintos entre sí, pero que al final de cuentas eran uno solo: los insurgentes y Nuestra Señora de Guadalupe. Según don Carlos María de Bustamante, el gobierno virreinal “juró odio a la Virgen de Guadalupe”<sup>20</sup>. El Virrey Venegas acusó al cura de Dolores de “valerse de la sacrosanta imagen de la Virgen de Guadalupe... para deslumbrar a los incautos”.

El carácter religioso de la guerra emprendida por los insurgentes fue percibido por el virrey Venegas. Para contrarrestar el influjo que la Virgen tenía en la población novohispana, el virrey le opuso a la Guadalupana, el culto a la imagen de Nuestra Señora de los Remedios, a la que mandó traer de su santuario a la catedral de México para evitar la sacrílega vejación a que sería sometida se caía en manos insurgentes. Ante el temor de que don Miguel Hidalgo y sus huestes atacaran la ciudad de México, las señoras partidarias de los realistas participaban activamente en la defensa: organizaban una compañía de “patriotas marianas” que harían guardia constante ante la imagen de Nuestra Señora de los Remedios para implorar su protección contra las hordas de Hidalgo. El cura insurgente tomó la decisión de no tomar la ciudad de México. Y esta decisión tuvo graves consecuencias para la lucha por la independencia, que se prolongó por diez años más.

Fue así como la guerra por la independencia de México involucró a la mismísima Madre de Dios, en sus advocaciones de Nuestra Señora de Guadalupe y Nuestra Señora de los Remedios. La primera había sido jurada protectora de los insurgentes; la segunda, declarada “general” de los ejércitos realistas; ésta última, fue uniformada, le pusieron la banda representativa de su grado y hasta le colocaron en sus manos un bastón de mando.

A pesar de su predilección por Nuestra Señora de los Remedios, el virrey Venegas, muy a su pesar, tuvo que reconocer que Nuestra Señora de Guadalupe era la “patrona y protectora” de este reino, y por eso, se llevó un gran susto cuando en el mes de marzo de 1812, una partida de insurgentes entró en la Villa. Sin embargo, los insurgentes no pudieron acercarse al santuario guadalupano, porque fueron repelidos por las fuerzas realistas asentadas en la villa. El virrey temía que si los insurgentes se hacían con la imagen, terminarían por creer que su victoria sobre el Imperio español estaba garantizada. Ante este acontecimiento, el virrey dispuso que la imagen fuera trasladada a la ciudad de México;

---

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 89.

pero el cabildo de la colegiata se opuso a dicho traslado; buscaron el apoyo de la población indígena de la villa, apoyo que obtuvieron. Los indios se dieron a la tarea de custodiar el santuario para impedir que la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe fuera trasladada a la catedral metropolitana, como pretendía el virrey.

El ejército realista cometió tropelía tras tropelía contra su enemiga la Virgen de Guadalupe. La imagen fue profanada por algunos peninsulares y el ejército realista, donde también militaba Agustín de Iturbide, aunque éste último, era ferviente devoto de la Guadalupana. Algunos soldados borrachos, llegaron al extremo de fusilarla. Durante la lucha por la emancipación de la Nueva España, la Virgen María, bajo su advocación de Guadalupe, se transformó en insurgente; y bajo su advocación de Los Remedios, era realista. Hasta esos niveles de locura había llegado la población novohispana durante la guerra de independencia, pues la conducta religiosa, sobre todo, de los realistas dejaba mucho que desear.

La persecución contra Nuestra Señora de Guadalupe no se redujo a los campos de batalla. También fue atacada desde el púlpito, desde el trono del virrey, desde los sermones, desde los bandos, desde los periódicos, desde los confesionarios, por todas partes y por todos los medios se combatió su influjo sobre la población novohispana que luchaba por su emancipación. Fue la jerarquía eclesiástica la que más duramente atacó al cura de Dolores por haber hecho de la Virgen de Guadalupe la bandera del movimiento insurgente. El obispo electo de Michoacán, don Manuel Abad y Queipo, lo fulminó con la excomunión, por el uso que le dio a la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. La imagen de la Virgen había sido transformada en bandera de guerra. La inquisición también participó en la campaña contra el cura de Dolores. El 13 de octubre de 1810 el Tribunal del Santo Oficio promulgó un edicto citándolo a que se presentase a contestar los cargos de que había sido acusado ante dicho tribunal. Uno de esos cargos fue el de negar la perpetua virginidad de María. Además, se le acusó de alarmar a los pueblos y llamarlos a la sedición aprovechando la devoción que estos tenían a María Santísima de Guadalupe.

El cura don Miguel Hidalgo y los insurgentes fueron condenados por el arzobispo de México, don Francisco Javier Lizana y Beaumont. El último obispo que lo condenó, fue don Juan Cruz Ruiz de Cabañas, obispo de Guadalajara.

Aunque el antiguadalupanismo era dominante entre los realistas, también hay que reconocer que entre sus filas se dio la devoción hacia Santa María de Guadalupe. Un guadalupano ferviente, aunque sea difícil de creer, fue el virrey más anti-insurgente de este período de nuestra historia, don Félix María Calleja del Rey. Claro está que para ser un ferviente devoto de la Virgen de Guadalupe, don Félix María Calleja del Rey, vivió en el virreinato veinte años. Su larga estancia en nuestro país, contribuyó a que fuera un ferviente devoto de la Guadalupana. Había contraído matrimonio con una criolla potosina, y adquirió tierras en San Luis Potosí. A su segundo hijo, que nació el 26 de noviembre de 1815, le puso el nombre de Félix María José de Guadalupe; por desgracia para él y su esposa mexicana, este niño falleció a los dos meses de haber nacido. Al dejar el gobierno virreinal en 1816, se detuvo en la Habana para que su mujer diera a luz a una niña, concebida en México, a la que puso el nombre de María de Guadalupe. Para subrayar todavía más su devoción guadalupana, en su equipaje llevaba consigo una imagen de la Virgen. Esta devoción profesada por el virrey Calleja, que fue el virrey que más combatió a los insurgentes, nos revela que la devoción hacia la Virgen de Guadalupe, era una devoción consolidada en el país que estaba a punto de nacer como México en la segunda década del siglo XIX.

Todos los insurgentes eran fervientes devotos de Nuestra Señora de Guadalupe. Ignacio López Rayón, José María Morelos y Pavón, Félix Fernández, que incluso llegó a cambiar su nombre por el de *Guadalupe Victoria*; después de la caída del efímero Imperio mexicano, llegó a ser el primer presidente de México.

La Virgen de Guadalupe forma parte de la identidad mexicana. Ella es un poderoso símbolo donde todos los mexicanos se reconocen como tales. Santa María de Guadalupe y el escudo de la ciudad prehispánica de México-Tenochtitlán, son los símbolos que expresan plenamente lo mexicano.

Un liberal de pura cepa, como don Ignacio Manuel Altamirano, reconoció que la Virgen de Guadalupe convoca y une a todos los habitantes de México. Esa capacidad de convocatoria se da de manera especial, el 12 de diciembre, día en que acuden en masa al Tepeyac, para celebrar solemnemente su fiesta. Al respecto escribe:

*“Hoy se celebra una gran fiesta en la capital de la República, una de las mayores fiestas del catolicismo mexicano, la primera seguramente por su popularidad, por su universalidad, puesto que en ella toman parte igualmente los indios que la gente de razón, Juan Diego y D. Quijote, Martín Garatuza y Guzmán de Alfarache. Todos se entusiasman del mismo modo; todos poseídos de una piedad sin ejemplo, van hoy a la villa a rezar a la Virgen, a comer chito con salsa borracha, en el venturoso cerro del Tepeyac, a beber el blanco néctar de los llanos de Ápam y abandonarse después a los furores sagrados de la orgía guadalupana.*

*¡Una orgía a cuatro caballos! ¡El colmo de la devoción!, como se dice hoy.*

*Positivamente, el que quiera ver y estudiar un cuadro auténtico de la vida mexicana, el que quiera conocer una de las tradiciones más constantes de nuestro pueblo, no tiene más que tomar un coche del ferrocarril urbano que sale de la Plaza de Armas cada diez minutos, conduciendo a la villa una catarata de gente que se desparrama de los veinte vagones que constituyen cada tren, al lugar de la villa de Guadalupe. Es la ciudad de México entera al pie del santuario, desde la mañana hasta la tarde, formando una muchedumbre confusa, revuelta, abigarrada, pintoresca, pero difícil de describir.*

*Allí están todas las razas de la antigua colonia, todas las clases de la nueva República, todas las castas que viven en nuestra democracia, todos los trajes de nuestra civilización, todas las opiniones de nuestra política, todas las variedades del vicio y todas las máscaras de la virtud en México.”*

*Nadie se exceptúa y nadie se distingue: es la igualdad ante la Virgen; es la idolatría nacional.”<sup>21</sup>*

Creo que esta larga cita de don Ignacio Manuel Altamirano da cuenta de lo que la Virgen de Guadalupe significa para México. Sin ella, no seríamos lo que somos. Desde el siglo XVI camina con nosotros haciendo historia. Es madre y es *insurgente*. No avala las injusticias que se comenten al amparo de la religión. Ella es hija de Israel, y como tal, creyó en un Dios que libera a su pueblo de la esclavitud. Por eso, ella, como Yavéh, oye el clamor de sus hijos y actúa para liberarlos de toda servidumbre. Es esta dimensión liberadora la que hace de Nuestra Señora de Guadalupe una advocación mariana ligada a la historia de la salvación, en cuanto que las Sagradas Escrituras nos dicen que la salvación es

---

<sup>21</sup> Ignacio Manuel Altamirano, “*La fiesta de Guadalupe*” en: Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda, op. cit., pp. 1128-1129.

salvación en la historia. El Dios de Israel se da a conocer a través de sus acciones en la historia y en la creación. El Cántico de María<sup>22</sup> que san Lucas nos transmite en su evangelio, nos acerca a María liberadora e *insurgente*. Esta es la Virgen que el pueblo mexicano venera y ama. Esta es la Madre de Jesús, nuestro Salvador. Santa María de Guadalupe, como la Mujer del Apocalipsis<sup>23</sup>, nos anuncia los cielos nuevos y la tierra nueva, donde habita la justicia.

Gonzalo Balderas Vega, O. P.

---

<sup>22</sup> Cfr. Lucas 1:46-55.

<sup>23</sup> Cfr. Apocalipsis 12:1-17.